

# ROBYN CARR



En el  
horizonte

La neurocirujana Maggie Sullivan siempre había trabajado en unas condiciones de extrema presión y sabía que debía bajar el ritmo antes de quemarse por completo. El mejor lugar, sin duda, para lograrlo era Sullivan's Crossing.

El nombre se lo debía al bisabuelo de Maggie, y la tierra y la encantadora tienda de ultramarinos en el cruce de caminos entre el Colorado y la Gran Divisoria Continental<sup>[1]</sup> pertenecía en esos momentos al excéntrico padre de Maggie, Sully. Ella se moría de ganas de poder permitirse una vida como la suya.

Pero el mundo de Maggie se tambaleó de repente y tuvo que hacerse cargo de Crossing. Cuando un senderista, callado y de aspecto serio, Cal Jones, se ofreció a echarle una mano, ella sospechó enseguida de sus motivos, hasta que averiguó la verdadera razón de su aislamiento deliberado.

Aunque tanto Cal como Maggie estaban inmersos en una lucha por superar la pérdida y la soledad, el tiempo compartido había despertado en Maggie la esperanza de hallar algo mejor en el horizonte siempre que ambos logran aprender a encontrar la paz y la curación, y quizás el amor, juntos.

## Índice de contenido

Cubierta

En el horizonte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Dedicado a Nicole Brebner, mi editora, mi  
compañera, mi amiga.  
Gracias.

*Solo con vivir no basta...  
Hace falta el sol, la libertad,  
y una pequeña flor*

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

## Capítulo 1

Maggie Sullivan buscó refugio en el rellano de la escalera entre las plantas sexta y séptima del extremo más alejado del ala oeste del hospital, la zona menos frecuentada por los internos y residentes que corrían de una planta a otra, de emergencia en emergencia. Se sentó en el descansillo entre dos tramos de escaleras con los pies apoyados en un escalón, abrazándose las rodillas, el rostro enterrado entre los brazos. Aún no comprendía cómo podía seguir sintiendo todos los días que su corazón estaba a punto de romperse. Había pensado que era más fuerte que eso.

—Vaya, parece que algunas cosas nunca cambian —exclamó una voz familiar.

Maggie se volvió hacia su mejor amiga, Jaycee Kent. Habían estudiado juntas en la facultad de Medicina, aunque la residencia las había separado. Jaycee era obstetra, mientras que ella era neurocirujana. Y años atrás, cada vez que la vida en la facultad de Medicina les resultaba insufrible, se habían escondido no pocas veces en ese rincón para llorar. La mayoría de sus compañeros de estudios y profesores eran hombres, y se negaban a que las vieran llorar.

Maggie soltó una mezcla de risa con sollozo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—¿Y quién te dice que no estás ocupando mi sitio?

—¿Porque estás felizmente casada y tienes una hermosa hija?

—Y un horario de mierda. No duermo lo suficiente, tengo tantos días malos como buenos y... —Jaycee se sentó

al lado de su amiga—, al menos, por ahora, mis hormonas están cooperando. Maggie, estás cubriendo los turnos de alguien, ¿verdad? Para pagar las facturas.

—Desde que se cerró la consulta —admitió Maggie—. Y desde que pusieron la demanda.

—Necesitas un descanso. Te estás recuperando de un aborto y tus hormonas están enloquecidas. Necesitas marcharte de aquí, alejarte de urgencias. Tómate algún tiempo libre para poder lamerte las heridas. Para sanar.

—Me ha dejado —explicó ella.

—¿Qué? —Jaycee la miró estupefacta.

—Cortó conmigo. Dijo que ya no lo soportaba más. Mi comportamiento emocional, mis numerosos problemas. Sugirió que buscara ayuda profesional.

—No sé qué decir —admitió su amiga—. Menudo imbecil.

—Bueno, es verdad que me pasaba todo el tiempo llorando —ella moqueó un poco más—. Si no estaba con él, lloraba cuando hablaba con él por teléfono. Pensé que no me importaría no tener hijos. Tengo casi treinta y siete años, trabajo muchas horas, estaba muy bien con un buen hombre que acababa de salir de un mal matrimonio y que ya tenía una hija...

—Estoy de acuerdo con todo, salvo con lo del buen hombre —observó Jaycee—. Por el amor de Dios, ese hombre es médico. ¿No sabe que todo lo que has sufrido puede afectarte? Aunque elimines todo el estrés, todavía te quedaría el aborto. La gente suele considerar un aborto como una regla copiosa, pero se trata de una muerte. Perdiste a tu bebé. Necesitas un tiempo para vivir el duelo.

—Amén —Maggie asintió mientras se llevaba un pañuelo a la nariz y soplaba con fuerza—. Así lo sentí yo. Cuando descubrí que estaba embarazada, no me hicieron falta más de quince minutos para empezar a imaginarme a ese bebé, a amarlo, o amarla.



—No pretendo hacer leña del árbol caído, pero tienes un problema con esas hormonas alterando tus emociones. Escucha, esta noche envía unos cuantos correos electrónicos. Comunica a quien tengas que hacerlo que te tomas una o dos semanas de descanso.

—Nadie, salvo tú y Andrew, sabe lo del embarazo.

—No tienes por qué dar ninguna explicación, todo el mundo sabe lo de la consulta, lo de tus exsocios, la demanda. Francamente, tus colegas no se explican cómo puedes seguir teniéndote en pie. Sal de la ciudad. Descansa un poco.

—Puede que tengas razón —observó Maggie—. Estas escaleras de cemento me están matando.

Jaycee la rodeó con un brazo.

—Igual que en los viejos tiempos, ¿eh?

Los últimos once o doce kilómetros hasta Sullivan's Crossing eran de puro barro, y el SUV Toyota de Maggie, de color crema, estaba embarrado hasta las ventanillas. No podía decirse que fuera ninguna sorpresa. Había llovido toda la semana en Denver, recordó. Marzo era habitualmente el mes más impredecible y húmedo del año, sobre todo en las montañas. Si no era lluvia, era nieve. Pero Maggie había tenido un año tan asqueroso que apenas se había fijado.

El año anterior había sufrido tantas complicaciones médicas, legales y personales, que había tenido que cerrar la consulta hacía unos meses. Desde entonces, había estado aceptando trabajo de otras consultas, cubriendo los turnos de los médicos de guardia y trabajando en el departamento de urgencias de nivel uno, mientras intentaba encontrar el modo de desenredar el lío en el que se había convertido su vida. La decisión de marcharse, consejo de su mejor amiga y médico, obedecía a un muy necesitado descanso. Tras enviar unos cuantos correos electrónicos y realizar unas

cuantas llamadas telefónicas, se encontraba camino de la casa de su padre.

Era muy consciente de que, seguramente, estuviera sufriendo una depresión. Agotamiento y tristeza. Sería lógico. Su horario de trabajo era terrible y la tensión a la que había estado sometida últimamente, también. Hacía aproximadamente un año que un par de médicos de su consulta habían sido acusados de fraude y mala praxis, y suspendidos de empleo hasta que se hubiera realizado una investigación que, seguramente, acabaría en juicio. Aunque ella no había estado al corriente de los incidentes, se había producido un escándalo, que le había salpicado de lleno. La prensa se había cebado y ella se había quedado sola, intentando mantener una consulta que se desmoronaba. Y entonces, los padres de un chico fallecido por las heridas sufridas en un horrible accidente de coche, estando ella de guardia, habían presentado una demanda por muerte por negligencia... contra ella.

Parecía imposible que el destino fuera capaz de encontrar algo más con lo que cebarse entre su ya enorme montón de problemas. Pero sí. Nunca había que desafiar al destino. Porque descubrió que estaba embarazada.

Por supuesto había sucedido por accidente. Llevaba un par de años saliendo con Andrew. Ella vivía en Denver y él en Aurora, ambos con unas carreras muy exigentes, y solo se veían cuando podían, una noche allí, otra allá. Cuando conseguían reunirse para un fin de semana entero, aquello era el paraíso. Ella quería más, pero Andrew era médico de urgencias, además de padre divorciado con una niña de ocho años. Sin embargo, la comunicación por teléfono era constante. Todos los días se intercambiaban numerosos mensajes y correos. Ella contaba con él, era su principal apoyo.

Maggie tenía sus dudas sobre si algún día se casaría y tendría una familia, pero se alegró con la sorpresa. Era lo único bueno en un año muy malo. Andrew, sin embargo,

no se mostró tan feliz. Todavía se estaba recuperando del divorcio, a pesar de que ya habían pasado tres años. Él y su ex aún seguían pleiteando por la pensión alimenticia, la custodia y las visitas parentales. Maggie no comprendía el motivo. Andrew no parecía saber qué hacer con su hija cuando estaba con él. Lo primero que sugirió al descubrir lo del embarazo fue que lo interrumpiera. Le prometió que ya reconsiderarían el tema de los niños en un par de años, suponiendo que para ella fuera entonces un tema de importancia, y si su relación seguía adelante.

Maggie ni se imaginaba interrumpiendo el embarazo. ¿Solo porque Andrew se mostraba reticente? ¿Tenía treinta y seis años! ¿Cuánto tiempo más disponía para «reconsiderar el tema»?

Aunque no le había comunicado nada a Andrew, ya había tomado la decisión de quedarse con el bebé, sin importarle el impacto que pudiera tener sobre la relación. Y entonces había sufrido el aborto.

Rota de pena y dolor, Maggie se había hundido un poco más. Solo dos personas sabían lo del embarazo, Andrew y Jaycee. Maggie lloraba desconsoladamente cada noche. En ocasiones, ni siquiera era capaz de esperar a llegar a casa del trabajo, y empezaba a llorar en cuanto cerraba la puerta del coche. Y luego estaban las visitas al rellano de la escalera. Lloraba al teléfono cuando llamaba a Andrew, lloraba en sus brazos mientras él intentaba consolarla, sabiendo ella encima que él se sentía aliviado.

Y entonces un día, se lo había soltado:

—¿Sabes qué, Maggie? Ya no aguanto más. Necesitamos tomarnos un tiempo de descanso. No puedo apuntarte, reforzarte. Necesitas ayuda, que tu vida emocional vuelva a su ser o algo así. Estás agotando mis energías, y no estoy preparado para ayudarte.

—¿Bromeas? —Había querido saber ella—. ¿Me dejas tirada cuando estoy hundida? ¿Me abandonas cuando solo han pasado tres semanas desde el aborto?

—Eso es lo que hay, nena —había contestado Andrew, de una manera muy típica suya.

Esa había sido la primera ocasión en la que Maggie había comprendido que el problema era él. Y también había sido el momento en que se agotó su paciencia.

Reunió un puñado de maletas y, en cuanto empezó a llenarlas, no pudo parar. Condujo hacia el suroeste desde Denver, hasta la casa de su padre, al sur de Leadville y Fairplay. No había llamado para avisar. Sí había llamado a su madre, Phoebe, para informarle de que iba a casa de Sully y que no estaba muy segura de cuánto tiempo iba a quedarse. De momento no tenía ningún plan, salvo escapar de una vida de constante tensión, ansiedad y tristeza.

Ya era primera hora de la tarde cuando detuvo el coche frente a la tienda rural de ultramarinos que había pertenecido a su bisabuelo, luego a su abuelo y en la actualidad a su padre. Su padre, Harry Sullivan, conocido por todo el mundo como Sully, estaba en plena forma a sus setenta años y no mostraba ninguna señal de bajar el ritmo ni de pensar en retirarse. Maggie permaneció un rato sentada en el coche, reflexionando sobre qué iba a decirle, sobre cómo decirlo para que no sonara como si acabara de perder un bebé y le hubieran roto el corazón.

Beau, el labrador de cuatro años de su padre, apareció trotando, vio su coche y posó las dos patas delanteras contra la puerta, mirándola con expresión de súplica. Frank Masterson, un parroquiano que, desde que ella tenía recuerdos, era un elemento fijo en la tienda, estaba sentado en el porche, con una taza de café en la mano y un periódico en el regazo. Un vistazo le indicó que el *camping* estaba casi desierto, solo había un par de caravanas y otro par de tiendas plantadas en parcelas junto a la carretera que se dirigía hacia el lago. Había un hombre sentado en una silla de *camping* frente a su tienda de campaña. No le extrañó la escasez de personas a mitad de la semana, a mediodía de principios de marzo, el mes menos ajetreado del año.

Frank la miró un par de veces, pero ni siquiera saludó con la mano. Beau se marchó, decepcionado al ver que Maggie no se había bajado del coche. Todavía no se le había ocurrido una buena frase de saludo. Pasaron cinco minutos antes de que su padre saliera de la tienda, cruzara el porche y bajara los escalones, seguido de Beau. Maggie bajó la ventanilla.

—Hola, Maggie —saludó él, apoyándose contra el capó del coche—. No te esperaba.

—Ha sido un impulso repentino.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte? —preguntó su padre al descubrir las maletas en el asiento de atrás.

—¿No me dijiste que siempre sería bienvenida? —Ella se encogió de hombros—. ¿En cualquier momento?

—A veces soy un bocazas —él sonrió.

—Necesito tomarme un descanso del trabajo. De toda esa mierda. De todo.

—Eso es comprensible. ¿Te apetece algo?

—¿Sería demasiado pedirte un par de cervezas y una cama? —preguntó Maggie con cierto sarcasmo.

—¿Te va bien una Coors?

—Claro.

—Deja el coche junto a la casa. Hay cerveza en la nevera y aún no he vendido tu cama.

—Eso ha sido todo un detalle por tu parte —observó ella.

—¿Necesitas ayuda para sacar todo tu guardarropa del coche?

—No. De momento no me hace falta gran cosa. Yo me ocupo.

—Entonces vuelvo al trabajo. Nos vemos luego —su padre se despidió.

—Parece que tenemos un plan.

Maggie solo llevó una maleta a la casa, la que contenía su cepillo de dientes, pijama y vaqueros limpios. Cuando era niña, y sus padres y abuelo vivían juntos en esas tierras, se sentía feliz casi todo el tiempo. La tienda, los parroquianos y los campistas, las montañas, el lago y el valle, la fauna salvaje y el sol se encargaban de que siempre estuviera de buen humor. Pero la parte que incluía una madre desdichada, un padre con tendencia a beber en exceso y las broncas entre sus padres, esa la recordaba con tristeza. Al cumplir seis años, su madre había dicho basta a tantas penurias, a la vida rural, a llevar a Maggie a esa escuela, lejos de allí, y que no le parecía nada adecuada. Si a todo eso se le añadía un esposo que no estaba a la altura, el hartazgo estaba asegurado. Phoebe se llevó a su hija a Chicago. Maggie se pasó varios años sin ver a Sully, y su madre se casó con Walter Lancaster, un destacado neurocirujano con un montón de dinero.

Maggie lo había odiado todo. Chicago, Walter, la enorme casa, el colegio privado, el gélido paisaje lleno de cemento. Odiaba el sonido del tráfico y las sirenas. Con el tiempo había reconocido que todo aquello le había devuelto la vida a su madre. Phoebe estaba casi feliz, siendo su intratable hija la única mancha en su vida llena de color. Habían intercambiado los papeles.

Para cuando Maggie cumplió once años, visitaba a su padre con regularidad, primero unos cuantos fines de semana, luego meses enteros y algunas vacaciones. Vivía para ello, y Phoebe la chantajeaba constantemente: «Si te portas bien y sacas buenas notas, podrás pasar el verano entero en ese horrible *camping*, podrás comer gusanos, ensuciarte y arriesgar tu vida entre osos».

—¿Por qué no peleaste por mí? —le preguntaba constantemente a su padre.

—Cielo, Phoebe tenía razón. Yo era una mierda como padre y solo quería lo mejor para ti. Además, no siempre era fácil —le solía explicar él.

En algún momento de la etapa del instituto, Maggie hizo las paces con Walter, pero decidió ir a la universidad en Denver, cerca de Sully. Phoebe quería que fuera a una universidad de prestigio de la Ivy League. La facultad de Medicina y la residencia eran otra cosa, ser aceptado era difícil y al final uno iba a la mejor facultad y el mejor programa de residentes que te hubiera aceptado. Maggie acabó en Los Ángeles. Luego consiguió una beca para trabajar con Walter, aunque no soportaba la idea de volver a Chicago. Pero Walter era, sencillamente, uno de los mejores. Después empezó a trabajar en una consulta en Denver, cerca de su padre y el ambiente que tanto adoraba. Un año más tarde, con Walter retirado de su profesión y dedicado al disfrute del golf, Phoebe y Walter se habían trasladado a Golden, Colorado, más cerca de Maggie. Walter tenía setenta años, como Sully. Phoebe era una vibrante mujer de cincuenta y nueve.

Maggie tenía la sensación de estar más unida a Walter que a Phoebe, básicamente porque ambos eran neurocirujanos. Se sentía agradecida. A fin de cuentas ese hombre la había enviado a estudiar a buenos colegios privados, aunque ella había hecho cosas horribles para demostrarle lo inútiles y nada apreciados que eran sus esfuerzos. Había sido una auténtica niñaata desagradecida. Pero Walter resultó ser un tipo amable y con clase. Había ayudado a mucha gente que le estaba eternamente agradecida, y a Maggie le habían impresionado sus logros. Además, había sido su mentor en la carrera de Medicina. Ella había sido la primera sorprendida por su amor a la medicina.

—Me parece una idea estupenda —había dicho Sully—. Si yo fuera tan listo como tú y algún excéntrico como Walter estuviera dispuesto a pagar la cuenta, lo haría sin pensármelo dos veces.

Maggie descubrió que adoraba la ciencia, pero la facultad de Medicina resultó ser la cosa más complicada a la que se hubiera enfrentado jamás, y casi todos los días se